



JUNIO - 2026 - N°203

Adoradores

Revista de espiritualidad, información y promoción Eucarística.



Sagrarios abandonados:

Hay quienes nunca van a visitarlo... y otros que van pero es como si no estuvieran. Inician las reflexiones de San Manuel González sobre la Eucaristía. Pag 08 y ss



La adoración ayuda a crecer en la vida interior:

Jesucristo, y Jesucristo en el Santísimo debe ser el principio, el centro y el fin de la vida del adorador. Pag 16 y 17



Los niños y la Eucaristía:

Una niña de 11 años, deseaba recibir a Cristo, pero no podía por su edad. Un milagro hizo que comulgara y en ese momento se fue con Dios. Pag 20 y 21

ñStaff:

Director: pbro. lic. Mauro Carolosi co. Redacción: lic. María Inés Gómez Serra / Diseño: lic. Agustín Barbaglia/ Adquiera esta publicación por la red de **Cristo Hoy** o administracion@cristohoy.org // Algunas de las obras reproducidas en esta edición pueden estar eventualmente inscriptas en el registro nacional de la propiedad intelectual. Por informaciones al respecto dirigirse a Castro Barros 110, CP 4000 - San Miguel de Tucumán o llamar al tel: (54) 0381-4331151.



Llamados a dar frutos

Jesús nos ha elegido para participar de sus gracias, reservadas en su Corazón Eucarístico.

Recordemos que el Señor nos eligió para que demos fruto: “Yo los he elegido a ustedes y los he destinado para que vayan y den fruto, y que el fruto de ustedes permanezca; de modo que todo lo que pidan al Padre en mi nombre, se los concederá” (Jn 15, 16-17).

Acerquémonos con confianza, pues Él nos espera lleno de amor para concedernos, desde el Sagrario, todo lo que necesitamos para fructificar en nuestro diario obrar como fieles.

Por ello cuando estemos en su presencia eucarística, digamos. “Señor Jesús, concédeme el favor de penetrar en tu Corazón con fe viva, lleno de generosidad, dispuesto a derramar las riquezas de tu gracia, y que sepa aprovecharlas para que mi vida cristiana sea fecunda en fe y apostolado”.

Pero no podemos acercarnos al que nos da la gracia de la fecundidad apostólica sin que esté primero purificado nuestro corazón. Es así que frente a Jesús Eucaristía debemos pedir, en primer lugar la pureza de corazón. La impureza, el aburguesamiento y el egoísmo provocan la dureza del corazón y la ceguera espiritual, y nos hacen “sarmientos secos”. Al respecto, el Señor es muy claro y nos muestra que El es el único camino para poder llenar nuestro corazón: “Si alguno no permanece en mí, es arrojado fuera, como las ramas se-



cas; luego las recogen las echan al fuego y arden” (Jn 15, 6).

Tengamos en cuenta que el camino para encontrar a Cristo y dar mucho fruto es un corazón puro, que, como pecadores que somos, no conseguiremos por nuestras fuerzas, entonces necesitaremos de humildad.

Pidámosla al Corazón Eucarístico de Jesús.

Pbro Dr. Jorge Gandur (+)/ Adaptación



Al iniciar la adoración

Esquema para una hora de adoración:

- 15 minutos iniciales de todas las semanas: Pp. 4 y 5
- 30 minutos de meditación: 1. Pp. 8-9; 2. Pp. 10-11; 3. Pp. 12-13; y 4. Pp. 14-15
- 15 minutos finales de todas las semanas: Pp. 6 y 7



Comencemos entrando en su presencia y adorando.

No te olvides: Jesús en la Eucaristía no es un “pan bendecido”; su presencia no depende de nuestra fe y no es una presencia simbólica, sino real y substancial.

Por lo tanto, a Dios Hijo encarnado y presente en el santo sacramento del

altar, dirigimos nuestros actos de adoración:

Vengo, Jesús mío, a visitarte y a gozar de tu presencia.

Te adoro en el sacramento de tu amor.

Te ofrezco principalmente las adoraciones de tu santa Madre, de san Juan, tu discípulo amado y de las almas más enamoradas de la Eucaristía.



Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. (Reflexionemos cinco minutos).

Delante de Jesús Eucaristía, vivimos nuestra fe.

No te olvides: “Tener fe es creer en lo que no se ve”. No vemos a Jesús visible, pero creemos, por la fe de la Iglesia, que Jesús está en la Eucaristía con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Reafirmemos nuestra fe diciendo:

Creo, Jesús mío, que eres el Hijo de Dios vivo que has venido a salvarnos.

Creo que estás presente en el augusto sacramento del altar.

Creo que has de permanecer con nosotros hasta que se acabe el mundo.

Creo que bendices y que atiendes los ruegos de tus adoradores. (Reflexionemos cinco minutos.)

La esperanza y el amor brotan de la fe

La esperanza cristiana se funda en la posibilidad de ir al Cielo, es decir, a la comunión de vida y de amor con las Tres Personas de la Trinidad, por la eternidad. Jesucristo fue quien, con su sacrificio en cruz, nos abrió las puertas del Cielo, nos dio la esperanza de la vida eterna, haciendo aparecer en el horizonte de nuestra existencia la posibilidad de la eternidad. La Eucaristía es un signo visible de esa esperanza porque el Dios, que dio la vida por nosotros en la cruz para llevarnos al Cielo, está en la hostia consagrada, alimentando nuestra esperanza, concediéndonos fuerzas y ánimo para llegar a la perfección de la

vida cristiana, la salvación eterna. (Reflexionemos cinco minutos.)

Actos de contrición

No te olvides: la contrición del corazón es el acto de arrepentimiento perfecto, porque es salvífico.

Delante de Jesús Eucaristía hacemos actos de contrición:

¡Jesús mío, misericordia!

Jesús mío, te pido perdón por los muchos pecados que he cometido durante mi vida.

Por los de mi niñez y adolescencia.

Por los de mi juventud.

Por los de mi edad adulta.

Por los que conozco y no conozco.

Madre mía, intercede por mí ante tu divino Hijo Jesús.

¡Dulce Corazón de María, sé mi salvación!

Imploramos al Dios de la Eucaristía

Señor, que tu Reino venga a nosotros, que tu misericordia se derrame como un océano de amor infinito, como la luz brillante que esparce el sol en cenit sobre las almas de todos los hombres de todos los tiempos. Te suplicamos, Jesús Eucaristía, que tengas piedad y misericordia de nosotros, de nuestros seres queridos y de toda la humanidad, y danos la garantía de que somos escuchados en tu presencia eucarística, y alcánzanos el don de tu madre, la Virgen María, que sea como madre nuestra. A ella, Nuestra Señora de la Eucaristía, le pedimos que te alcance nuestros ruegos y los guarde en tu corazón.



Al culminar la adoración

Actos de amor

“Después de la meditación, nuestra alma se enciende con los mismos sentimientos de Cristo, cuyo Sagrado Corazón Eucarístico es horno ardiente de caridad y nos permite hacer actos de amor:

Te amo, Jesús mío, como a nadie.

Porque Tú me has amado infinitamente.

Porque Tú me has amado desde la eternidad.

Porque Tú has muerto para salvarme.

Porque Tú me has hecho participante de tu divinidad y quieres que lo sea de tu gloria.

Porque Tú te entregas del todo a mí en la comunión.

Porque Tú estás siempre por mi amor en la Santa Eucaristía.

Porque Tú eres mi mayor amigo.

Porque Tú me llenas de tus dones.

Porque Tú me has enseñado que Dios es Padre que me ama mucho.

Porque Tú me has dado por madre a tu misma Madre.

¡Dulce Corazón de Jesús, haz que te ame cada día más y más!

Te amo y te digo con aquel tu siervo:

¡Oh Jesús, yo me entrego a Ti para unirme al amor eterno, inmenso e infinito que tienes a tu Padre celestial!

¡Oh Padre adorable! Te ofrezco el amor eterno, inmenso e infinito de tu amado Hijo Jesús, como mío que es. Te amo cuando tu Hijo te ama”. (S.

Juan Eudes).

Damos gracias a Dios por sus inmensos dones para nosotros, que comien-

zan con la creación de nuestro ser, continúan luego con el don de la adopción filial y siguen con el “don inestimable” de su Hijo en la Eucaristía. Por todo esto, agradecemos a Dios también por lo que es él en sí mismo, Bondad, Misericordia y Amor infinitos, atributos todos que resplandecen en su presencia sacramental.

Actos de gratitud

Oh Jesús, te doy rendidas gracias por los beneficios que me has dado.

Padre Celestial, te los agradezco

por tu Santísimo Hijo Jesús.

Espíritu Santo que me inspiras estos sentimientos,

a ti sea dado todo honor y toda gloria.

Jesús mío, te doy gracias sobre todo por haberme redimido.

Por haberme hecho cristiano mediante el Bautismo, cuyas promesas renuevo.

Por haberme dado por madre a tu misma Madre.

Por haberme dado por protector a san José, tu padre adoptivo.

Por haberme dado al ángel de mi guarda.

Por haberme conservado hasta ahora la vida para hacer penitencia.

Por tener estos deseos de amarte y de vivir y morir en tu gracia.



Oración final

Jesús mío, dame tu bendición antes de salir, y que el recuerdo de esta visita que acabo de hacerte, persevere en mi memoria y me anime a amarte más y más. Haz que cuando vuelva a visitarte, vuelva más santo. Aquí te dejo mi corazón para que te adore constantemente y lo hagas más agradable a tus divinos ojos. Adiós, adiós, Jesús mío.



Sagrarios abandonados

“...no van nunca a visitarlo, ni guardan con Él relación alguna”. Reflexionemos con San Manuel González.

¿Hay abandono de sagrarios? Para responder con rigor lógico, distingo dos clases de abandono de Sagrario: uno que pudiera llamarse exterior y otro interior o espiritual.

Abandono exterior

Llamo abandono exterior a la ausencia habitual y voluntaria del Sagrario por parte de los católicos que lo conocen y pueden ir a visitarlo.

De modo que aquí no hablo de los judíos, herejes o impíos, o católicos sin catecismo; que entre éstos se sentirá perseguido, odiado, calumniado o desconocido, Jesús Sacramentado, pero no abandonado.

Abandonado por los creyentes

Hablo de católicos que creen y saben que nuestro Señor Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, está real y vivo en el Santísimo Sacramento, y, viviendo cerca de Él y sobrados de tiempo y fuerzas para el quehacer, el recreo, el casino, la taberna, no van nunca ni a recibirlo ni a visitarlo, ni guardan con Él relación de amistad o gratitud alguna.

Dolorosa respuesta

¿Hay abandono exterior de Sagrario? Más valiera no preguntarlo para no

verse en la dolorosa y amarga necesidad de responder con un sí tan grande casi como la extensión de los pueblos cobijados por Sagrarios; tan repetido quizá como hombres haya en torno de ellos; tan largo y sostenido como el eco de un dolor sin remedio ni fin.

Más que preguntar si hay Sagrarios con ese abandono material, sería mejor y más breve preguntar: pero ¿hay Sagrarios sin abandonos?

“Jesús de los Sagrarios, exteriormente abandonados, aunque todos te abandonen, nosotros... ¡No!”.

Porque, exceptuado el Sagrario del apartado monasterio, seminario o casa piadosa, sin más vecinos que los religiosos o religiosas que lo habiten, y alguno que otro de parroquias privilegiadas, que aun por la misericordia de Dios existen, ¿sobre qué Sagrario del mundo podrá ponerse esta leyenda: ¡sin abandonos!?

Combatir el abandono

Y si esto es así, ¿quién de cabeza y corazón sanos duda que sea lícito y aun obligatorio y urgente, poner todos los recursos y resortes de la pluma y de la lengua, del pensamiento y de la voluntad, de la sensibilidad y hasta de los nervios, en línea de combate sin tregua ni cuartel, contra ese monstruo



ADORADORES



“Llamo abandono exterior a la ausencia habitual y voluntaria del Sagrario por parte de los católicos que lo conocen y pueden ir a visitarlo”.

de cien cabezas y de baba venenosa que tantas noches tristes y días sin fin y tantas hieles y desaires está haciendo pasar y devorar en silencio al más bueno y dulce de los Padres?

La guerra del abandono

Sí, ¡guerra a muerte al abandono de los Sagrarios, llámese como se llame el pueblo a quien pertenezca, el sacerdote que lo custodia, las almas fieles que lo acompañen!...

Proclamar la guerra al abandono, de ningún modo debe entenderse como recelo contra los que seguramente son víctimas y reparadores del mismo abandono, como lo son el sacerdote y esas almas fieles. Proclamar esa guerra es unirse a los que acompañan, para que crezca el número de éstos e infundirles, si se puede, nuevos estímulos, modos y perfecciones de compañía. Es meterse entre los que abandonan para hablarles de lo que ya ni nombran, para

empujarlos hacia la casa paterna que dejaron o no pisaron jamás. Es poner en el acento de la palabra y en el gesto de la cara y en la delicadeza de la acción y en la intimidad de la súplica, y sobre todo, en la generosidad del sacrificio, toda la vehemencia y expresión y atractivo del celo más ingenioso, del amor más lastimado, y me atrevería a decir, de la pasión más santamente avasalladora, que todo eso debe inspirar la compasión por ese mal, el más injusto, triste y funesto de todos los males.

¡Nosotros no!

Pelando contra ese abandono exterior, estos renglones, limítanse a recordarlo una vez más y a poner debajo de aquella triste leyenda, con la más visible de sus tintas y con el más enérgico de sus trazos: Jesús de los Sagrarios, exteriormente abandonados, aunque todos te abandonen, nosotros... ¡No!



Abandono interior

Vamos a visitar a Jesús sacramentado, pero nuestro corazón permanece con las vanidades del mundo.

¿Hay abandono interior de sagrario? Ésta es la llaga que quieren mostrar estas páginas. Y mostrarla en toda su longitud, latitud y hondura, y con toda la sangre que mana y las lágrimas que cuesta y los bienes que impide y los males que acarrea a los que son causa de tenerla abierta...

¿Qué es el abandono interior?

Decía en el capítulo anterior que abandonan exteriormente el Sagrario los que, conociéndolo y pudiéndolo visitar, no van habitualmente a él.

“Éste no me honra más que con sus labios y rodillas; pero su corazón, qué lejos está de Mí!...”

Ahora añado que el abandono interior es ir al Sagrario con el cuerpo y no con el alma. Ir a él y no estar en él. Es ir con el cuerpo para que la boca se abra y trague la sagrada Forma. Los labios se muevan y balbuceen algunas palabras. La cabeza se incline. Las rodillas se doblen por un espacio de tiempo más o menos largo, pero no con el alma. Que no medita lo que hay y lo que se da y lo que se pide en el Sagrario. Que no se prepara para comer con un gran aseo y un excitado apetito, ni saborea ni agradece la Comida. Que no habla ni escucha al Huésped que la

visita. Que no se presta a recoger y guardar las gracias que le trae, los avisos que le da, los ejemplos que le enseña, los deseos que le insinúa, la correspondencia de amor que le impone...

Con el corazón lejos

¡Cuántas, veces tendrá que repetir el Maestro, desairado en el interior de algunos comulgantes y visitantes de sus Sagrarios, de exterior humillado y devoto, la queja del Señor con su pueblo: “Éste no me honra más que con sus labios y rodillas; pero su corazón, qué lejos está de Mí!...”

Primer abandono interior

Para que la definición y el tipo del abandono interior entren y se graben hondamente en el alma de los que leen estos renglones. Y para que por anticipado se vea el alcance y la trascendencia de este mal, busco en el Evangelio ejemplos que lo aclaren.

Y ¡ojalá no fuera tan gráfico y expresivo el que ofrece la escena de la primera Comunión que se dio en la tierra por las manos del mismo divino Autor! Lean la descripción que de la primera comunión hace el evangelista san Lucas y, apenados, encontraran como cortejo de esa primera Comunión, ese maltrecho abandono inte-



“...el abandono interior es ir al Sagrario con el cuerpo y no con el alma. [...] Ir a él y no estar en él. [...] Las rodillas se doblen [...], pero no con el alma”.

rior de que os vengo hablando.

Lo que el Maestro y sus Apóstoles dicen preguntándose y respondiéndose momentos antes y después de recibir aquella primera Hostia consagrada, revela muy al vivo lo que el Jesús de esta Hostia encontró en el alma de sus primeros comulgantes.

¿Qué encuentra?

En el alma de Judas, suponiendo que llegara a comulgar, encuentra la traición, y en ella los ecos de todos los aullidos del odio de los condenados; y la cara de envidia y venganza de los demonios. En el alma de los otros, en vez de la gratitud y el asombro que absorbieran todos los afectos y sentimientos, encuentra el afán mundano, la ambición rastrera y vulgar y cruelmente inoportuna, en aquel doloroso instante de separación sobre quién de ellos sería reputado el mayor cuando

se estableciera su reino en la tierra. Y, si esto aún fuera poco, al comunicarles su próxima prisión y el gran escándalo y pedirles angustiado se previnieran con los auxilios de las armas espirituales que les dejaba, principalmente en aquella Comunión, toda la respuesta que de ellos obtiene es que cuentan ya con dos espadas... Y después, como acción de gracias de la Comunión... ¡el sueño en la agonía del Huerto, la huida, la negación!...

Muy solo

Almas delicadas: ¿no es verdad que se le siente en aquella primera Comunión muy abandonado?

¿Qué palabra del Evangelio, qué acento de aquellas bocas, qué gestos de aquellas caras, da a entender o presumir que la ternura y la vehemencia de aquel gran Corazón, a punto de derretirse o de estallar en aquella hora augusta de la dádiva máxima del máximo sacrificio, encontrarán en los corazones de sus Apóstoles ecos y latidos de supremas correspondencias o, al menos, muestras ligeras de inteligencia?

También en los sagrarios

¡Jesús solo, abandonado en el alma de sus amigos! Es decir, ¡Jesús visitando almas y viviendo en las casas de sus amigos sin ser entendido, ni secundado, ni escuchado, ni preguntado, ni tomado en cuenta!... Ése es el abandono interior que se repite en una proporción que asusta en nuestros Sagrarios.

¿Verdad que merece ser meditado y llorado?



Dentro del abandono

En lo más profundo de la soledad de Cristo en los sagrarios se encuentra el terrible desamor de los hombres.

Si la Eucaristía es el milagro de la permanencia perpetua de Jesucristo, el abandono de la Eucaristía es la frustración práctica de ese milagro y con ella, la de los fines misericordiosos y altísimos de su permanencia.

Privación de grandes bienes

La Eucaristía abandonada es, en cuanto esto se puede decir de Dios: Jesucristo contrariado con la más amarga de las contrariedades, y las almas y las sociedades privadas de ríos y de mares de bienes.

Causa de otros males

No es que no existan o nos importen poco otros males que ofenden a Dios y afligen a nuestros hermanos, sino que dejamos a otras Obras o Instituciones nacidas o especializadas para eso, el remedio de estos otros males, que después de todo no son sino efectos o síntomas de aquel gravísimo y trascendental mal del abandono.

Los que hacen daño

Lo he dicho ya: es mal desde luego de católicos, no de herejes ni de impíos, que éstos odian. Es mal de los que desconocen a Jesucristo debiendo conocerlo, de los que no le tratan o le tratan mal debiendo tratarlo mucho y

bien. De los que saben que se sacrifica Él por ellos en cada Misa que se celebra, y ellos no se sacrifican por Él asistiendo a una sola o con el cuerpo nada más. De los que saben que Él es alimento del alma que sacia todas sus hambres y prefieren morir de inanición y no comulgan o comulgan mal. De los que saben que el Sagrario es la casa donde se quedó a vivir Jesús para estar cerca de sus hijos y acompañarlos todos los días de su vida, y ellos lo dejan solo días y días, años y años...

Mal de amigos

El abandono es el mal de los que saben que Jesús tiene ojos y no se dejan ver por ellos. Y oídos y no le hablan. Y manos y no se acercan a recoger sus regalos. Y Corazón que les ama ardentemente, y no le quieren ni le dan gusto. Y doctrina de toda verdad y la desdennan o la interpretan a su capricho. Y ejemplos de vida y no los copian. ¡Es mal de próximos y amigos!

“¡Desamor injusto del abandono, eres verdugo de mi Padre y a la par adormecedor de mis hermanos para que no lo sientan ni lo lloren!”.

Ofende al Corazón de Jesús

Y me fijo principalmente en el Cora-



ADORADORES

zón de Jesús, cuando retrato y lamento lo malo del abandono, porque, sin dejar de afectarle los otros males, creo y siento que éste va más directamente contra su Corazón. Otras ofensas son quizá más ruidosas, visibles, escandalosas, alarmantes. Ésta, sin manifestaciones hostiles, sin ataques positivos, sin organizaciones pesadas, sin odios sistemáticos, pone en el Corazón de Jesús todo lo afflictivo de aquéllas, quitando el bien del desagravio o alejando la esperanza del remedio.

La esencia del desamor

El abandono interior, en efecto, por lo que en sí mismo es, vuelca sobre la llaga de ese Corazón la amargura del desprecio, la negrura de la ingratitud, la frialdad heladora de la indiferencia, el cansancio de la esperanza nunca realizada, del deseo nunca o casi nunca satisfecho y de la petición jamás atendida. La dureza de la grosería de sentimientos, la tristeza de la soledad... ¿Y qué son estos elementos sino formas variadas de una misma esencia, la esencia del desamor? ¡Desamor injusto, te pareces tanto al odio! Porque, esa esencia y esas formas ¿difieren mucho de las constituidas por las negaciones del impío, las obstinaciones del hereje, las altanerías del blasfemo? Con la añadidura de que el odio de los malos alarma a los buenos, los despierta, los reacciona, los excita a pelear e impele al desagravio. Pero el abandono de los buenos, de los que debieran serlo o figuran entre los que lo son, quita al Corazón abrevado de sus amargas esencias, la esperanza y el consuelo de



“El abandono interior [...] vuelca sobre la llaga de ese Corazón [...] la frialdad heladora de la indiferencia...”

la protesta energética, del despertar valiente, del desagravio reparador...

Verdugo desamor

¡Desamor injusto del abandono, eres verdugo de mi Padre y a la par adormecedor de mis hermanos para que no lo sientan ni lo lloren! Pero verdugo, no para matar a mi Jesús, con cuchillo ni hacha, sino con hambre no satisfecha de amores de hijos, con aislamiento de corazones, con inacción a fuerza de incomunicarle y alejarle las almas, con cansancio de esperar a los que no acaban de venir o vienen sin ganas...



Daño a las almas

El abandono a la Eucaristía conlleva un contagio sutil pero gravísimo de indiferencia en el prójimo.

¡Abandono del Corazón de Jesús, tú no eres el odio, es verdad, pero el odio más encarnizado no podría jamás ufanarse de hacer tanto daño a su mayor enemigo como tú haces a las almas en que te albergas y al que aun llamas ¡tu Amigo! y... ¡tu Padre! y... ¡tu Dios!

¿Qué serás para las almas?

Si no eres para Jesús su amorosa compañía, ¿qué serás para las almas? No eres torrente que arrasa en un instante, sino gota que lentamente ablanda, descompone, afloja y arruina. No eres rayo que vuelcas las torres y hien-des las techumbres de los templos, sino roedor oculto de sus cimientos. No eres león, ni elefante, ni monstruo fiero que amenaza de muerte, sino polilla que carcome, microbio que infesta, orín que corroe. No eres actividad incansable, sino pereza sólo activa para contagiar. No eres ceguera, sino cortedad de vista. No eres oscuridad que aterra, sino niebla que no alarma. No eres veneno, pero sí semilla de cizaña que ahoga y seca la vida de la fe, el jugo de la dulce confianza, la savia de la caridad y la alegría y el aroma y la fecundidad de todas las virtudes, de todos los sanos optimismos y generosidades. No eres la palabra no quiero, sino esta otra mentidamente dicha: no

puede, y que equivale a esta otra verdadera: no hago.

Profundidades del abandono

Si es que han quedado absortos en las alturas del mar de amarguras sin fondo ni riberas del abandono del Corazón de Jesús, les puedo asegurar que aún no han visto sino solo la superficie de este mar. ¡Resta tanto por descubrir en sus profundidades y abismos!

Una vida de abandonos

Y eso que no hablo más que de abandonos interiores de su vida eucarística y paso en silencio otros abandonos, como los abandonos íntimos de sus treinta y tres años de vida mortal, de sus veinte siglos de vida en la Iglesia y en las almas...

¿Quién puede medir con la vista, con la imaginación, con el pensamiento o con el corazón, las simas de los abismos abiertos por los desconocimientos groseros, las ingratitudes o agrías correspondencias, los olvidos, pretericiones y postergaciones que los nombres de esos abandonos evocan?

Historia de abandono

El Evangelio no es sólo la historia de las mayores finezas y generosidades divinas, sino la de los mayores aban-



ADORADORES

donos humanos. Si aquélla se abre con “y la Palabra se hizo carne” de la Encarnación, y se cierra con el “todo está cumplido” de la Redención. Ésta se abre con el “no había sitio para ellos” del Nacimiento y se cierra con el “y abandonándole, huyeron todos”.

Eucaristía: el amor de Jesús

El amor de Jesús a los hombres, no saciado con darles su vida mortal, le sugiere la Eucaristía, traza divina de vivir siempre, sin morir, junto a sus hijos los hombres.

¡Eucaristía! ¡Evangelio siempre nuevo y siempre vivo! ¡Historia viviente de finezas y generosidades divinas, pero sin fin!

¡Hombres, hombres!, ¿será también la Eucaristía la historia de sus grandes abandonos?

¡Qué pena, qué vergüenza! Esta triste historia comenzó a escribirse a la vez que la de la Eucaristía. ¿Qué digo a la vez? ¡Antes!... Su primera palabra es la que iban profiriendo los que se apartan al oír su anuncio: “Es duro este lenguaje”. ¿Y su última palabra?... Como la historia de las finezas de la Eucaristía, tampoco la de los abandonos la tiene...

“El amor de Jesús a los hombres, no saciado con darles su vida mortal, le sugiere la Eucaristía...”



“Si no eres para Jesús su amorosa compañía, ¿qué serás para las almas? No eres torrente que arrasa [...], sino gota que lentamente ablanda...”

Hojeemos un poco esas dos historias, aunque en esas páginas se absorbe una vida entera.

Dos historias

La historia primera, o sea, la de las generosidades divinas, se divide en tres libros: el de la Eucaristía-Misa. El de la Eucaristía-Comunión. Y el de la Eucaristía-Presencia real.

Pero como la sombra sigue a la luz, el abandono del hombre sigue a las finezas de Dios. Por lo tanto, la historia segunda se divide también en tres libros: El del abandono de la Eucaristía-Misa. El del abandono de la Eucaristía-Comunión. Y el abandono de la Eucaristía-Presencia real.



La adoración eucarística ayuda a la vida interior

En la oración es donde el alma llega a conocer de una manera singular a Jesucristo y donde Él se le manifiesta.

El adorador y discípulo de Jesucristo que desea llegar a la perfección cristiana, y crecer en su vida interior puede hacerlo por dos caminos.

Un camino largo y trabajoso

El primero es el de la ley del deber: por él, mediante el trabajo progresivo de las virtudes, se alcanza poco a poco el amor, que es “el vínculo de la perfección” (Col 3, 14).

Este camino es largo y trabajoso. Pocos llegan por él a la perfección;

porque, después de haber trepado durante algún tiempo la montaña de Dios, se detienen, se desalientan a la vista de lo que les falta por subir y bajan o ruedan al fondo del abismo, exclamando: ¡Es demasiado difícil, es imposible! Estos tales son mercenarios.

Quisieran gozar mientras trabajan; miden continuamente la extensión del deber, ponderan sin cesar los sacrificios que les exige. Se recuerdan, como los hebreos al pie del Sinaí, de lo que dejaron en Egipto, y se ven tentados de volver a él.





ADORADORES

El más corto y conveniente

El segundo camino es más corto y más noble: es el del amor, pero del amor absoluto.

Antes de obrar, comienza el discípulo del amor por estimar y amar. Como el amor sigue al conocimiento, por ello el adorador se lanza muy luego con alas de águila hasta la cima del monte, hasta el cenáculo, donde el amor tiene su morada, su trono, su tesoro y sus más preciosas obras, y allí, cual águila real, contempla al sol esplendoroso del amor para conocerlo en toda su hermosura y grandeza. Asimismo hasta se atreve a descansar, como el discípulo amado, sobre el pecho del Salvador, todo abrasado en caridad, para así renovar su calor, cobrar buen temple y vigorizar sus fuerzas, y salir de aquel horno divino como el relámpago sale de la nube que lo for-

mó, como los rayos salen del sol, de donde emanan. El movimiento guarda proporción con la fuerza del motor y el corazón con el amor que lo anima.

De esta manera viene a ser el amor el punto de partida de la ida cristiana: el amor es lo que mueve a Dios a entrar en comunicación con las criaturas y lo que obliga a Jesucristo a morar entre nosotros. Nada más puesto en razón que el hombre siga la misma trayectoria que Dios.

Pero antes de que sea el punto de partida, el amor de Jesús ha de ser un punto de concentración y recogimiento de todas las facultades del hombre; una escuela donde se aprenda a conocer a Jesucristo, una academia en la que el espíritu estudie e imite su modelo divino, y donde la misma imaginación presente a Jesucristo en toda la bondad y belleza de su corazón y de sus magníficas obras.

En la oración es donde el alma llega a conocer de una manera singular a Jesucristo y donde Él se le manifiesta con una claridad siempre nueva.

Nuestro Señor ha dicho: “El que me ama será amado de mi Padre y yo le amaré y yo mismo me manifestaré a él” (Jn 14, 21).

El amor llega a convertirse entonces en primer principio de la verdadera conversión, del servicio perfecto de Jesucristo, del apostolado y celo por su divina gloria. (San Pedro J. Eymard/ Adaptación)

Todo amor tiene un principio, un centro y un fin: Jesucristo, y Jesucristo en el santísimo Sacramento debe ser el principio, el centro y el fin de la vida del adorador.





El mejor reposo es estar cerca de Jesús Sacramentado

Queridísimo Jesús, oigo que desde el Sagrario en que estás, nos dices: Este es mi descanso para siempre; aquí tendré mi habitación, pues la escogí. Pues si Vos escogiste tu morada en el Altar, quedándote con nosotros en el Santísimo Sacramento, y por el amor que nos tienes, hallas aquí Tu reposo, razón es también, que nuestros corazones habiten siempre con Vos por amor, y tengan aquí todas sus delicias y descanso.

¡Felices ustedes, almas amantes, que no hallan en el mundo más grato reposo que el estar cerca de su Jesús Sacramentado! ¡Y dichoso yo, Señor mío, si de hoy en adelante no tuviese delicia mayor que permanecer en Tu presencia, o pensar siempre en Vos, que en el Santísimo Sa-

cramento siempre estás pensando en mí y en mi bien!

¡Ah, Señor mío!, ¿por qué perdí tantos años en que no te amaba? Años míos infelices, los maldigo, y te bendigo a Vos, ¡oh paciencia infinita de mi Dios!, que tanto tiempo me has sufrido, siendo, como era, ingrato a tu amor.

Mas con ser tan ingrato me esperaste... ¿Por qué, Dios mío, por qué? Para que vencido algún día de tu amor y misericordia, me entregase del todo a Vos. No quiero, Señor, resistir más; no quiero más ser desagradecido.

Justo es que te consagre a lo menos este tiempo (poco o mucho) que me resta de vida. Espero, Señor, que me ayudes para ser enteramente tuyo. Si me favoreciste cuando de Vos huía y despreciaba tu amor, ¿cuánto más me favorecerás ahora, que te busco y deseo amarte? Dame pues, la gracia de amarte, ¡oh, Dios digno de infinito amor!

Muestra con tu poder, ¡oh, Dios omnipotente!, este prodigio en el mundo: que un alma tan ingrata como la mía se transforme en una de las más amantes tuyas. Otórgamelo por tus merecimientos, Jesús mío. Así lo deseo; así propongo practicar lo toda mi vida; y Vos, que me inspiras este deseo, dame fuerzas para cumplirlo. (San Alfonso M. de Liguorio/ Adaptación)



Chicos adoradores



El Corazón eucarístico de Jesús, es...

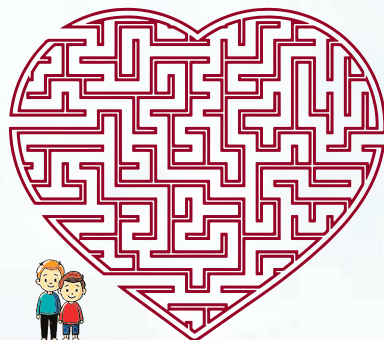


... Jesús mismo presente en la Santa Misa, en el pan y el vino consagrados.

... Jesús vivo que nos espera en el Sagrario, para ser nuestro amigo, consolador y alimento del alma.

Hola chicos, en este mes, que celebramos al Sagrado Corazón de Jesús, les invitamos a conocer sobre su corazón eucarístico, para aumentar nuestro amor hacia Él, con cada visita que hagamos al Sagrario.

Laberinto:
Marca el camino correcto que llevará a los niños hasta Jesús.



Completamos y aprendemos más de su Corazón

Ubica las palabras que faltan en el texto de abajo: *perdonar-espinas-Sagrario-cuerpo-escucharnos-alma-sacrificó-Eucaristía-herida-presente (Como ayuda, está puesta la primera palabra).*

-Jesús está vivo en la E....., está real y verdaderamente p....., aunque no lo veamos.

-La corona de e..... y la h..... del costado, recuerdan su amor tan grande, que se s..... por nosotros.

-Así como nuestro c..... necesita comida, nuestra a..... necesita la E..... para fortalecerse, para p..... y hacer el bien.

-Jesús nos espera en el S..... (la pequeña casita en la iglesia) para e..... y consolarnos.

Propósito para el mes: rezar ante el Santísimo Sacramento, pidiendo ayuda a la Virgen María, para amar más a su Hijo.



La niña que murió por

La beata Imelda Lambertini, de 11 años de edad y patrona de los niños que están por recibir la Primera Comunión, es un bello ejemplo de amor a Jesús Eucaristía. ¿Quieres saber quién era? Ahora, a leer atentamente:

Hace muchos, muchos años, allá en 1322, nació una niña en Bolonia, Italia, y pertenecía a una familia de nobles, muy virtuosos. Su nombre era Magdalena Lambertini. Desde muy niña mostró un gran amor a Jesús y María, y pasaba largas horas en oración.



Su familia se dio cuenta que era una niña muy especial, ya que desde muy chiquita, cuando lloraba, dejaba de hacerlo al escuchar los nombres de Jesús y de María. Cuando comenzó a hablar, éstos nombres los repetía con mucha frecuencia. Solía estar largos ratos sobre las rodillas de su madre, aprendiendo las primeras oraciones. ¿Tú te acuerdas cuáles fueron las primeras oraciones que aprendiste? Era muy devota de la Virgen y de la Sagrada Eucaristía, se pasaba muchas horas delante del Sagrario. ¿Cuánto tiempo pasas tú frente al Santísimo?

Al convento, antes de los diez

Apenas tenía nueve años cuando la voz de Dios se dejó oír claramente en su alma, invitándola al recogimiento del claustro de un convento.

Tuvo el permiso para ingresar en el monasterio dominico de Val di Pietra, en su ciudad (a pesar de su corta edad para ser religiosa, en esa época, varios niños y niñas habían entrado en algunos conventos). Allí, la llamaron Imelda.

No había hecho aún la Primera Comunión, y muchas veces le había suplicado al sacerdote que la dejase comulgar, pero no tenía edad aún para hacerlo. ¿Tú hiciste la Primera Comunión, o estás preparándote para hacerlo?

La hostia flotando

Un 12 de mayo de 1333, cuando ya habían comulgado todas las monjitas, cerraron la puerta del Sagrario y apagaron las velas del altar, y mientras iban a hacer las tareas del convento, Imelda se quedó de rodillas cerca del santísimo, con gran desconsuelo. De repente, la zona del altar se iluminó con una luz milagrosa



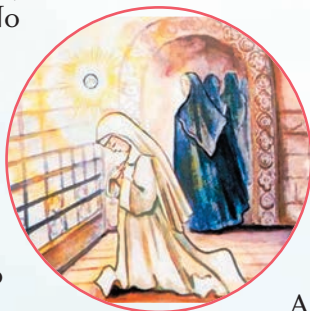
y se llenó de un aroma suavísimo, que, esparciéndose por todo el convento, atrajo hasta allí a todas las monjas que ya se habían ido.

Jesús Eucaristía



¡Y lo que vieron las dejaron asombradas!: una Hostia se movía sola en el aire, y parecía que quería ir hacia la “monja-niña”, que se derretía de amor, temblorosa y con las manos juntas rezando. Al ver tal milagro, el sacerdote entendió claramente cuál era la voluntad de Dios, entonces se revistió de nuevo, y tomando la Hostia que flotaba en el espacio, le dio a Imelda la Sagrada Comunión.

Desde ese momento la niña cerró los ojos a toda cosa exterior, y juntando las manos y con la cabeza baja, pareció quedar como dormida. Su color rosado se transformó en uno levemente blanquecino, y pasaron varias horas así. No se movía. Entonces las monjas se le acercaron y la llamaron, pero no respondió. Así, se dieron cuenta que al recibir la Sagrada Eucaristía, Jesús se la llevó al Cielo. Murió de amor a Él, como se había imaginado siempre.



Su cuerpo incorrupto se conserva en la iglesia de San Segismundo de Bologna, Italia. Imelda fue beatificada en 1826, y el Papa Pío X en 1908 la nombró patrona de los niños que hacen la primera comunión. (Fuente: Agencias)

Piensa y responde

- ¿Dónde vivía Imelda, y a qué edad ingresó al convento?
- ¿Porqué no podía comulgar, a pesar que deseaba hacerlo?
- ¿Cuál fue el milagro de la niña?
- Averigua qué es un “cuerpo incorrupto”.
- ¿Qué es lo que más te gustó sobre la vida de la niña, y por qué?